

## 7. JUSTIFICACIÓN

En Colombia, las peleas de gallos han tenido gran tradición en el contexto rural y en las ciudades tienen un lugar importante en las zonas periféricas y en algunos sectores populares. En Cali se encuentran algunos escenarios, de mayor tradición y reconocimiento: está el Coliseo gallístico Pico de Oro, ubicado en el barrio Santa Helena; la gallera Picotazo, en el barrio Nueva Floresta; la gallera La Sirena, en el sector de Siloé; pero además tienen gran presencia las galleras informales en lugares donde apenas puede dividirse lo rural y lo urbano: barrios periféricos, corregimientos, veredas y municipios aledaños.

Las galleras también se configuran como lugares de integración y socialización. Las personas comparten contextos socioculturales similares, habitan los barrios periféricos o sectores populares, se conocen entre sí ya sea porque son vecinos o porque se han encontrado en el marco de su afición, que los lleva regularmente a los escenarios de actividad gallística. Es decir que hay una sociedad que se expresa, se moviliza y se congrega estableciendo relaciones de “parentesco” alrededor de una afinidad por los gallos de pelea.

Es una práctica rural heredada de los abuelos, tíos o padres que transfieren a las generaciones siguientes la afición y el gusto por los gallos. Además, en la periferia de la ciudad se establecen las condiciones para que la tradición siga vigente: los aficionados crían a los gallos en sus casas o sus fincas, los entrenan, preparan y acicalan en sus patios y antejardines, y en algunos barrios o veredas la gallera existe como un lugar normalizado, espacio de recreación deportiva y punto de encuentro.

Sin duda se tejen relaciones, por eso no puede limitarse el entendimiento de dicha tradición sólo como un hábito alrededor de la sangre, pues juzgarlo de esta manera es desconocer el sentido que tiene para los otros y el significado que hay en que dichas prácticas existan paralelamente a las dinámicas de la ciudad, demostrando con esto la tensión tradición/modernidad que se da cita en la ciudades de toda Latinoamérica. Lo que se pretende con la investigación es observar qué ocurre ritualmente cada primer sábado de mes, para así poder describir e intentar narrar a través de la fotografía cuál es el universo físico de un lugar, cuáles son las relaciones, quiénes son las personas y qué los convoca y cohesionan en las peleas de gallos.

¿Por qué *desde* la fotografía? Porque la fotografía es un lenguaje que denuncia una mirada, es una expresión, testimonio de la experiencia social y un medio de comunicación. Jacques Aumont (1992) en el texto *La imagen*, afirma lo siguiente:

La imagen es siempre modelada por estructuras profundas, ligadas al ejercicio de un lenguaje, así como la pertinencia de una organización simbólica (a una cultura, a una sociedad); pero la imagen es también un medio de comunicación y de representación del mundo que tiene su lugar en todas las necesidades humanas. La imagen es universal pero siempre particularizada. (Aumont, 1992, p. 128)

En el ámbito de la comunicación es pertinente reconocer las posibilidades narrativas y comunicativas de la fotografía porque es ante todo un lenguaje y un medio. Como herramienta metodológica enriquece el trabajo de campo porque no sólo muestra la manera en la que se desarrolla la investigación, sino que evidencia la forma en la que lo otro está siendo interpelado, es un reconocimiento. Dicho supuesto surge a partir del trabajo de Margaret Mead y Gregory Bateson en *El carácter Balinés: un análisis fotográfico*.